

PAUL
BOWLES

LA CASA
DE LA
ARAÑA



Tres personajes muy diferentes confluyen en la ciudad marroquí de Fez: John Stenham, escritor norteamericano defensor de la cultura autóctona frente al imperialismo francés; Polly Veyron, turista estadounidense que aboga por el desarrollo de lo que considera una ciudad tercermundista, y Amar, un joven marroquí que pasa del despertar político al desencanto.

Ajena a los convencionalismos, esta novela relata el fracaso en el entendimiento entre distintas culturas, a la vez que ofrece vívidas descripciones y elaboradas caracterizaciones de los personajes. Con la independencia de Marruecos como telón de fondo, Bowles plantea más preguntas que respuestas a la hora de exponer la realidad.

Paul Bowles, autor de la célebre obra *El cielo protector*, hace un elogio de la diferencia y el placer tan poco común de sentirse extranjero, a la vez que retrata con realismo y honestidad la visión de Occidente sobre el mundo islámico en la que posiblemente sea su novela de mayor relevancia dada la situación política global actual.

LA CASA DE LA ARAÑA

Paul Bowles

PREFACIO

Yo quería escribir una novela utilizando como telón de fondo la vida cotidiana tradicional de Fez, porque era una ciudad medieval activa en mitad del siglo XX. Si hubiera comenzado el libro sólo un año antes, habría sido totalmente diferente. Tenía el propósito de describir Fez tal y como existía en el momento de escribir acerca de la ciudad, pero en cuanto inicié la redacción empezaron a producirse una serie de acontecimientos que yo no podía ignorar. Enseguida comprendí que iba a tener que escribir, no acerca del modo de vida tradicional de Fez, sino sobre su disolución.

Durante más de dos décadas había estado aguardando el final del dominio francés en Marruecos. Ingenuamente, había imaginado que después de la independencia se reanudaría el viejo estilo de vida y el país volvería a ser más o menos lo que era antes de la presencia francesa. El aborrecimiento que sentía parte del pueblo por todo lo que fuera europeo parecía garantizar ese resultado. Lo que no conseguí entender fue que si Marruecos era todavía una tierra en gran parte medieval obedecía al hecho de que los propios franceses, y no los marroquíes, lo querían así.

Los nacionalistas no estaban interesados en que Marruecos se despojara de todas las huellas de la civilización europea, ni en que el país retornara a su estado precolonial; por el contrario, su meta era hacerlo incluso más «europeo» de lo que los propios franceses ya lo habían hecho. Cuando Francia no pudo mantener por más tiempo el vehículo gubernamental en la carretera, lo abandonaron,

dejando el motor en marcha. Los marroquíes se subieron en él y se alejaron en la misma dirección, pero a mayor velocidad si cabe.

Yo estaba enredado en la controversia, y consideraba imposible al mismo tiempo tomar partido por una u otra postura. El objeto de mi novela, de hora en hora, se estaba descomponiendo ante mis ojos; no había otra alternativa que narrar el proceso de violenta transformación que se estaba produciendo.

La ficción siempre debería permanecer ajena a las consideraciones políticas. Incluso cuando vi que el libro que había empezado estaba tomando una dirección que lo conduciría de forma inevitable a una región donde no podría evitarse la política, todavía imaginaba que con una buena dosis de destreza podría evitar el contacto con ésta. Pero en las situaciones en que todo el mundo se halla bajo una gran agitación emocional resulta muy difícil permanecer indiferente; en tales ocasiones, todas las opiniones se interpretan en términos políticos. Ser apolítico equivale a tener que asumir una postura política, pero una postura que no agrada a nadie.

Por eso, me gustara o no, cuando lo hube concluido, descubrí que había escrito un libro «político», que deploraba las actitudes tanto de los franceses como de los marroquíes. Mucho después, Allal el Fassi, «el padre del nacionalismo marroquí», lo leyó y expresó su aprobación personal. Aunque ésta me llegara tan tarde, resultó satisfactoria para mí.

Cada novela parece imponer su propio régimen de trabajo. El cielo protector y Déjala que caiga fueron escritas mientras viajaba, siempre que mi espíritu se conmovía y el medio ambiente físico alentaba la escritura. La casa de la araña, a su vez, exigió desde el principio un programa riguroso. Empecé a escribirla en Tánger en el verano de 1954, y ponía el despertador todas las mañanas a las seis. Logré sacar un promedio de dos páginas diarias. Cuando llegó el

invierno embarqué hacia Sri Lanka. Una vez allí, adopté el mismo ritual; tomaba un té a las seis en punto y empezaba a trabajar, lo que me permitía satisfacer mi cuota de dos páginas diarias. A mediados de marzo, a pesar de las visitas a templos distantes y de las noches que pasé contemplando danzas diabólicas, el libro estaba concluido y había sido ya enviado por correo desde Weligama a Random House.

La historia no es autobiográfica ni real, tampoco es un roman à clef. Sólo el marco es objetivo; el resto es fruto de la invención. El punto central de las acciones es el Hôtel Palais Jamai, antes de que fuera modernizado. Lo llamé el Mérinides Palace porque en el camino hacia el hotel hay que pasar por las tumbas de los reyes Mérinide. Existe en la actualidad un verdadero Hôtel des Mérinides, construido en los años sesenta sobre el acantilado que se encuentra junto a las tumbas.

La ciudad todavía está allí. Ya no es el centro cultural e intelectual del norte de África; es simplemente otra ciudad más acosada por los problemas insolubles del Tercer Mundo. No todos los estragos causados por nuestra despiadada época son tangibles. Las formas más sutiles de la destrucción, aquellas que sólo atañen al espíritu humano, son las más temibles.

PAUL BOWLES
Diciembre de 1981

Quienes eligen otra guía que Alá son semejantes a la araña que toma para sí una casa; mira por dónde, esa casa es la más endeble de todas. ¡Si tan sólo lo supieran!

El Corán

PRÓLOGO

Era alrededor de la medianoche cuando Stenham salió de la casa de Si Jaffar.

—No necesito que nadie me acompañe —había dicho, tratando de sonreír para atenuar el tono de su voz, pues temía parecer aburrido o resultar abrupto, y Si Jaffar, después de todo, tan sólo estaba ejerciendo sus derechos de anfitrión al enviarle una persona para que le acompañara.

—De verdad, no necesito a nadie.

Aunque estuvieran apagadas todas las luces de la ciudad, quería regresar solo. La noche había sido interminable y le apetecía correr el riesgo de equivocarse de calles y extraviarse temporalmente; si alguien le acompañaba, el largo paseo sería casi como una continuación de la velada transcurrida en el salón de Si Jaffar.

En cualquier caso, era ya muy tarde. Todos los varones de la casa se habían acercado a la puerta, algunos de ellos, incluso, se encontraban afuera en el húmedo callejón e insistían en que el hombre fuera con él. Las despedidas de la familia eran siempre largas y prolijas, como si se marchara al otro lado del mundo en lugar de dirigirse al extremo opuesto de la Medina, y aquello le gustaba porque formaba parte de lo que él suponía debía de ser la vida en una ciudad medieval. Sin embargo, era desacostumbrado en ellos imponerle la presencia de un protector y consideró que no existía justificación para ello.

En la oscuridad, el hombre caminaba a grandes pasos delante de él. «¿De dónde le habrán sacado?», pensó, al

contemplar de nuevo al barbudo y espigado bereber con sus harapientas vestiduras montaÑesas, tal y como le había visto por primera vez bajo la mortecina luz del patio de Si Jaffar. Recordó en ese momento el alboroto y los susurros que se habían levantado en un extremo de la sala hora y media antes. Siempre que surgía este tipo de discusiones en presencia de Stenham, Si Jaffar hacía un enorme esfuerzo por distraer su atención, iniciando el relato de una historia. Ésta tenía en general un comienzo bastante prometedor. Si Jaffar sonreía, irradiando satisfacción a través de sus anteojos, pero con la atención puesta claramente en el sonido de las voces que llegaban desde la esquina. Con lentitud, a medida que los susurros de la otra conversación se iban atenuando, sus palabras se hacían más vacilantes y sus ojos comenzaban a oscilar de uno a otro lado, al tiempo que su sonrisa terminaba por paralizarse hasta perder toda significación. La historia nunca llegaba a su fin. De improviso, exclamaba: «¡Ajá!», sin causa alguna que lo justificara. Acto seguido batía las palmas solicitando rapé, o agua de azahar, o astillas de madera de sándalo para alimentar el brasero; de súbito se ponía incluso más contento, y acaso golpeaba la rodilla de Stenham con aire juguetón. Una comedia similar se había desarrollado esta noche alrededor de las diez y media. Al recordarla ahora, Stenham resolvió que el motivo de la misma había sido la repentina decisión de la familia de facilitarle alguien que le acompañara de regreso al hotel. Ahora recordaba que tras la discusión, Abdeltif, el primogénito de la familia, había desaparecido una media hora, durante la cual había estado sin duda buscando al guía.

El hombre estaba agazapado en la oscura entrada del patio, tras la puerta, cuando ellos salieron afuera. Resultaba un poco violento, porque Stenham sabía que Si Jaffar no era un hombre acaudalado, y aunque un pequeño servicio como éste no resultaba excesivamente caro, con todo, era preciso pagarlo; Si Jaffar lo había expresado con claridad:

—No dé nada a este hombre —había dicho en francés—. Ya me he encargado yo.

—Pero si no le necesito —había protestado Stenham—. Conozco el camino. Acuérdense de la cantidad de veces que he vuelto solo.

Los cuatro hijos de Si Jaffar, su primo y su yerno habían murmurado al unísono: «No, no, no». Y el anciano, por su parte, le había dado unas afectuosas palmaditas en el brazo.

—Es mejor así —dijo, con una de sus muy formales reverencias.

Era inútil oponerse. El hombre permanecería a su lado hasta haberle entregado al vigilante nocturno del hotel y desaparecería después engullido por la noche para regresar al oscuro rincón de donde hubiera salido. Y Stenham no le vería nunca más.

No había un solo transeúnte en las calles. Stenham pensó que hubiera sido posible recorrer la mayor parte del camino siguiendo calles un poco más frecuentadas, pero saltaba a la vista que su acompañante prefería las más vacías. Sacó su pequeña linterna de dinamo y comenzó a apretarla, dirigiendo el pálido rayo hacia el suelo, a los pies de aquel hombre. El zumbido de la linterna, semejante al que produciría un insecto, hizo que su acompañante se diera la vuelta con un gesto de sorpresa en el rostro.

—Luz —dijo Stenham.

El hombre gruñó.

—Hace mucho ruido —protestó.

Él sonrió y dejó que la luz se desvaneciera. «¡Cómo le gusta jugar a esta gente!, —pensó Stenham—. Este hombre está jugando ahora a policías y ladrones; siempre están al acecho de algo o acechados por alguien». «La pasión oriental por las complicaciones, la línea enrevesada, los arabescos», le había asegurado Moss, pero Stenham no estaba seguro de que se tratara de eso. De igual modo podía

obedecer a un profundo sentido de culpabilidad. Se lo había sugerido a Moss, pero éste se había burlado de él.

Las calles embarradas bajaban y bajaban. No había un solo palmo de terreno nivelado. Tenía que avanzar con los tobillos rígidos y todo el peso del cuerpo apoyado sobre las yemas de los dedos del pie. La ciudad dormía. Había un profundo silencio, sólo interrumpido por el sonido de sus pies al caminar sobre el fango. El hombre, descalzo, avanzaba sin hacer el menor ruido. En ocasiones, cuando el camino no atravesaba callejas interiores sino espacios abiertos, una solitaria gota de lluvia caía pesadamente del cielo, como si una gran pieza de ropa húmeda e invisible estuviera colgando a unos metros de la tierra. Pero todo era invisible: el lodo de la calle, los muros, el cielo. Stenham apretó de súbito el botón de la linterna y pudo ver una instantánea rápidamente evanescente del hombre que avanzaba delante de él con su chilaba parda y de su sombra gigantesca proyectada contra las vigas que formaban el techo de la calle. El hombre gruñó de nuevo a modo de protesta.

Stenham sonrió: el inexplicable comportamiento de algunos musulmanes le divertía y siempre lo disculpaba, porque, como decía él, ningún no-musulmán sabía bastante acerca de los musulmanes como para atreverse a criticarlos. «Están lejos, muy lejos de nosotros, —se decía—. No tenemos ni idea de lo que motiva su conducta». Había una cierta hipocresía en la actitud de Stenham; en realidad, deseaba convencer a los otros de la existencia de este abismo casi infranqueable. El simple hecho de que él fuera capaz de empezar a insinuar las creencias y propósitos que se agitaban en lo más profundo de ese abismo le hacía sentirse más seguro de sus propias tentativas de analizarlos y le proporcionaba un cierto sentimiento de superioridad del que en modo alguno renegaba; no en vano había soportado los rigores de Marruecos durante muchos años. La presunción de saber algo que los otros no podían saber era una pequeña indulgencia que se permitía a sí mismo, una prima

por antigüedad. Estaba secretamente convencido de que los marroquíes eran muy parecidos al resto de los mortales, de que las diferencias atañían en muy buena medida al mundo ritual y a los detalles, e incluso de que la fina cortina de magia a través de la cual contemplaban la vida no era demasiado complicada ni tampoco aportaba a sus percepciones mayor profundidad. Le gustaba que este bereber anónimo y descalzo quisiera guiarle a través de los túneles más oscuros y menos frecuentados de la ciudad; no le importaba el deseo de mantener la discreción que mostraba aquel hombre. Eran gentes nocturnas, felinas. No era casual que en Fez no hubiera perros. «Me pregunto si Moss se habrá dado cuenta de eso», pensó.

De vez en cuando tenía la clara impresión de que estaban atravesando una calle o un espacio abierto que él conocía a la perfección pero, de ser ello así, el ángulo de encuentro con dichos lugares resultaba inesperado, por lo que las familiares paredes (si en verdad lo eran) parecían empequeñecidas o distorsionadas a la luz del destello rápidamente desfalleciente con que él las iluminaba. Empezó a sospechar que la planta de suministro eléctrico había sufrido una importante avería: la corriente seguía cortada casi con toda seguridad, porque parecía del todo imposible haber avanzado tan largo trecho sin tropezarse con, al menos, una farola encendida. Sin embargo, estaba acostumbrado a transitar por aquellas calles en la oscuridad. Conocía muchos caminos para cruzar la ciudad en cualquier dirección, y hubiera podido encontrar la forma de llegar al hotel con los ojos vendados siguiendo varias de estas alternativas. En efecto, vagar por la Medina a la caída de la noche se asemejaba bastante a recorrerla con los ojos vendados; era preciso dejarse guiar sobre todo por los oídos y la nariz. Sabía cómo sonaba cada tramo de los caminos conocidos al recorrerlos de noche. Había dos elementos a los que debía prestar una particular atención: el ruido que hacían sus pies al caminar y el sonido del agua detrás de las paredes. Las

pisadas tenían una infinita variedad de matices, dependiendo de la dureza de la tierra, la anchura del callejón y la altura y configuración de los muros. En el paseo de Lemtiyine existía un lugar entre la curtiduría y una pequeña mezquita donde el eco resultaba sobrecogedor: reverberaciones tensas, metálicas, que vibraban entre las fachadas como disparos musicales. Había lugares donde sus pisadas eran casi mudas, lugares donde el sonido era único, sólido y compacto, para morir súbitamente, o donde, al avanzar a lo largo de los desiertos corredores, los pasos sucesivos producían un sonido cuyo tono se elevaba de forma imperceptible, de modo que su caminar era como una escala ascendente primorosamente graduada, hasta que de improviso un muro que sobresalía o un túnel inesperado dispersaba la escala y comenzaba otra parte del largo nocturno que revelaría poco a poco y a su debido tiempo su propio trazado musical. Y con el agua, en sus cursos infinitos tras los tabiques de piedra y tierra, sucedía otro tanto. Raramente visible, pero casi siempre presente, se precipitaba rauda por debajo de los inclinados callejones, aquí como un murmullo, allí tan sólo goteando, al otro lado de la pared de un jardín chapoteaba o se derramaba para crear una fuente, caía con un sonido hueco y profundo en una cisterna invisible; o bien, de repente, se convertía sin pudor en el brazo del río que chocaba de forma estruendosa contra las rocas (con lo que, en ocasiones, el viento transportaba por encima de los muros el frío vapor que ascendía del río y acababa mojando su rostro), a la altura de la panadería el agua estaba represada y permanecía casi inmóvil; las ratas se aprovechaban de ello para bañarse.

Había experimentado tan a menudo los dos registros sonoros simultáneos producidos por el agua y las pisadas, que a Stenham le parecía que debía conocer de memoria cada rincón de la ciudad. Pero ahora era muy diferente, y cayó en la cuenta de que lo que él conocía era sólo un contorno, una cierta secuencia cuyas partes se hacían irrecono-

cibles al presentarse fuera de su contexto acostumbrado. Sabía, por ejemplo, que para hallarse tan cerca de la rama principal del río como se encontraban en esos instantes tenían que haber cruzado en algún punto la calle que conducía de la mezquita Karouine a la Zaouia de Si Ahmed Tidjani, pero le resultaba imposible recordar cuándo había sucedido eso; no había reconocido nada.

De improviso supo dónde se encontraban: en una calle estrecha que recorría un pequeño montículo situado sobre el río, justo debajo de la gran masa de muros que formaban el Fondouk el Yihoudi. Estaba bastante lejos de su camino, lejos al menos de cualquier ruta imaginable entre la casa de Si Jaffar y el hotel.

—¿Por qué hemos venido hasta aquí? —preguntó Stenham, indignado.

El hombre fue innecesariamente brusco en su contestación, pensó Stenham:

—Camine y cállese —dijo.

«La verdad es que siempre son bruscos», se recordó a sí mismo; nunca terminaría de asumir su curiosa mezcla de rebuscada circunspección y brutal aspereza, y casi soltó una carcajada al recordar cómo habían sonado cinco segundos antes aquellas ridículas palabras: *Rhir zid* o *skout*. En unos cuantos minutos más habían rodeado el Fondouk el Yihoudi y atravesaban un húmedo jardín bajo los bananos; las pesadas hojas de éstos, igual que harapos, dejaban caer gotas frías al contacto con ellas. «Si Jaffar se ha superado a sí mismo esta vez». Decidió telefonarle al día siguiente e inventar una buena historia a costa de lo ocurrido. *Zid* o *skout*. Sería un lema divertido que la familia podría compartir durante las próximas dos semanas mientras tomaran el té.

Era una extraña noche de verano; un frío como el del inicio de la primavera cortaba el aire. Una gran nube espesa se había desgajado del otro lado del Djebel Zalagh y formaba una techumbre sobre la ciudad, encerrándola en un inmenso recinto cuyo aire inmóvil tenía el perfume de la tie-

rra húmeda y fresca. Mientras se adentraban en silencio hacia las calles que coronaban la colina, una lechuza ululó por encima de sus cabezas.

Cuando llegaron a la puerta exterior del hotel, Stenham apretó el botón que hacía sonar un timbre situado en una especie de cuartito, cercano a la oficina donde permanecía el vigilante nocturno. Por un momento pensó: «No va a sonar. Esta noche han cortado la luz». Pero recordó al instante que el hotel tenía su propio sistema de suministro eléctrico. Habitualmente pasaban cinco minutos largos antes de que se encendiera la luz del patio, y otros dos o tres más antes de que el vigilante llegara a la puerta. Esta noche, sin embargo, la luz se encendió de inmediato. Stenham se aproximó a las grandes puertas exteriores y echó una ojeada a través de la rendija que quedaba entre ellas. El vigilante se encontraba justo al otro lado del patio hablando con alguien.

—*Ah, oui* —le oyó decir.

«Un europeo en el patio a esas horas», pensó Stenham con cierta curiosidad, tratando de no perder detalle. El vigilante se estaba acercando. Como un niño travieso, retrocedió a toda velocidad y se guardó las manos en los bolsillos contemplando con aire indiferente la pared. Entonces se percató de que el guía había desaparecido. Tampoco se oían los pasos del bereber en su retirada; sencillamente se había esfumado. Se oyó el sonido del pesado cerrojo de la puerta al descorrerse y apareció el vigilante nocturno con su guardapolvo caqui y su turbante blanco; en su rostro se reflejaba aquella expresión de desasosiego que le era tan propia.

—*Bonsoir, M'sio Stonamm* —dijo.

A veces hablaba en árabe, otras en francés; era imposible saber qué idioma elegiría en cada ocasión. Stenham le saludó, escudriñando el patio para ver quién estaba con él. No vio a nadie. Los dos vehículos de siempre estaban allí: